

## AVENTURAS DE MOCHILA

### Episodio 7

#### *“La locura de la primavera”*

Olas grandes y grises bañaban la playa casi desierta y un viento frío salpicaba las pocas turistas con arena mientras ellos se apuraban en poner sus juguetes, toallas, sillas, e hijos en sus coches seguros y secos.

Connie se temblaba del frío y se puso la chaqueta encima del traje de baño mojado. Piel de gallina cubría sus largas piernas morenas y castañeteaban sus dientes. Ella se puso el capuche, cubriéndose el liso cabello negro.

“N-no p-p-podemos re-regresar a la c-c-casa de tu abuela y-ya?” tartamudeó Connie. “He-hemos estado buscando una hora y n-no hemos encontrado nada interesante. Estás loca si quieres quedarte afuera con este tiempo.”

K.T. parecía estar inconsciente del cambio del tiempo. Ella por fin había convencido a su mejor amiga, Connie, salir del agua cuando empezaron a juntarse las nubes, y la cálida, soleada mañana de marzo se convirtió en una fría, miserable tarde.

“He esperado 11 semanas para poder usar mi nuevo detector de metales. Fue loca esperar mientras tú nadabas toda la mañana. Déjame unos minutos más para poder buscar tesoro enterrado. Toma, puedes llevar mi toalla para calentarte.” K.T. se la dio la toalla grande de la playa a Connie e inmediatamente se arrepintió de su generosidad. Su chaqueta ligera no la protegía mucho del viento del este.

“Vamos detrás de esa duna enfrente del muelle. Quizás hay más cosas en las dunas. Diez minutos más y prometo que regresemos.” K.T. llevó el detector en frente de ella como la correa de un perro. Ella se sintió la arena llenar sus zapatos de la playa mientras subía a la duna.

Connie le puso la toalla y suspiró en resignación. Ella sabía que era inútil discutir con K.T. cuando ella tenía algo importante que hacer.

K.T. caminaba detrás de la duna y sostenía el detector arriba de la arena blanca. Ella caminó unos pies cuesta abajo y se sintió el calor guardado del sol de la mañana

filtrándose de la capa superior de la arena. Connie se deslizó por la parte de atrás de la duna, casi tumbando a K.T. Sus chanclas de goma cavaron una zanja en la duna, revelando la arena marrón y húmeda unas pulgadas debajo de la superficie.

De repente, sonó el alarma del detector arriba de la zanja de Connie. Las dos chicas saltaron. K.T. sacó una pequeña espada rosada de plástico del bolsillo de su chaqueta. Ella cavó en la arena húmeda y encontró la esquina de algo duro y agudo.

Connie le ayudó en quitar los pedazos de conchas rotas y arena en masa. Le dolían los dedos del frío, pero ella puso su uña en el borde del objeto, siguiendo su figura de rectángulo. Pronto, las chicas habían descubierto la parte de arriba de una pequeña caja de madera con una cerradura corroida y esquinas de metal. Remanentes de tela pesada todavía colgaban de la madera astillada. Ninguna de las chicas había hablado, jadeaban mientras se esforzaron en sacar la caja de la arena.

La caja hizo un suave ruido como un sorbo cuando K.T. la desalojó. Ella le dio la caja a Connie y pasó el detector sobre el hueco que ellas habían creado. No sonó más.

“Eso debe de ser todo,” dijo K.T., desilusionada. Como si fuera sugerido por la desilusión en su tono de voz, una lluvia suave empezó a caer.

“Vamos, K.T. Es hora de regresar a la casa de tu abuelita. Podemos abrir ese tesoro allí. ¡Estoy lista para secarme y quitarme el frío!”

“Sí. No podemos hacer nada más aquí,” se quejó K.T. “La playa ha sido típica para las vacaciones de primavera de todos modos, un fracaso y con mucha lluvia. El marzo es un mes estúpido para las vacaciones de la primavera. ¡Deben ser en julio!”

Mientras las chicas subieron la duna, llovía más fuerte, borrando sus huellas.

\*\*\*\*\*

K.T. y Connie se sentaron juntas debajo de una manta de paño, disfrutando del calor de su ropa seca. Ellas habían puesto una toalla en el suelo, con la caja todavía cubierta de arena encima de ella. Cuidadosamente, Connie quitó los remanentes viejos de tela. K.T. intentó abrir la cerradura, pero se rompió en trozos de metal enmohecido. K.T. no podía respirar mientras levantó la tapa y miró adentro. Una bolsa desteñida de seda amarilla era la única cosa en la caja, los hilos de su cierre estaban todavía tensos.

K.T. levantó la bolsa y era sorprendida de su gran peso desequilibrado. Ella se sentó, mirándola, imaginando monedas raras y joyas.

“Ábrela,” mandó Connie. “La nota que nos dejó tu abuela dice que debe regresar en cualquier momento. Puede que ella no nos deje tener esto dentro de la casa.”

“Ya, ya,” contestó K.T., temblando las manos mientras abría la bolsa con dos dedos. Ella se puso la bolsa de punta, haciendo derramar lo que había adentro sobre la toalla. Tres recortes de un periódico, una medalla militar, y un pequeño anillo con un diamante se cayeron de la bolsa.

“¡Wao!” gritó K.T. mientras levantaba el anillo a la luz. Un diamante pequeño todavía lucía en la banda de oro blanco. Un diseño delicado era tallado en el borde del anillo.

Connie examinó la medalla. Una cinta de los colores rojo, blanco, y azul estaba unida a una cruz con puntas adornadas. Encima de la cruz, una águila, rodeada de una corona de hojas, se desplegaba las alas.

“¿De quién será ésta?” se preguntó Connie.

“Debe de ser de una niña porque este anillo es demasiado pequeño para mis dedos, quizás salvo el dedo meñique.”

Connie puso la medalla en el suelo con cuidado y recogió uno de los recortes. Sentía frágil en sus manos. “No lo creo K.T. Estos recortes son del año 1918. Escucha estos titulares: ‘Soldado desaparecido del muelle de Galveston. Debutante local la última de verlo.’ ‘Arrestada la Srta. Dodd por ser sospechosa del asesinato.’ ‘Juicio anulado por asesinato de Cooper, cuerpo no encontrado, liberada Dodd.’

“¿Qué es una debutante?”

“No lo sé. A ver si lo dicen en el artículo.”

Mientras Connie leía el artículo en voz alta, K.T. buscaba las mochilas que ella y Connie siempre llevaban consigo. Ella puso la mano dentro de la mochila, buscando la computadora especial que les dejaba viajar a través del espacio y el tiempo. K.T. empezó a hacer un plan.

2 de agosto de 1918

**Soldado desaparecido del muelle de Galveston**

## Debutante local la última de verlo

La policía local de Galveston ha confirmado que un hombre local, el teniente Arlis Cooper, del ejército de los Estados Unidos, ha desaparecido del muelle de East End de Galveston. El 31 de julio, a las once de la noche, un pescador vio a una pareja caminar al final del muelle y hablar. La joven mujer fue reconocida por el pescador como la Srta. Anna Ruth Dodd, la hija única del Dr. y la Sra. Josiah Dodd, por las fotografías recientes de las debutantes de la buena sociedad en el anual Baile de Debutantes publicadas por este periódico. El pescador, Rufus Jones, vio a la Srta. Dodd correr del muelle unos momentos después y luego oyó un grito para ayuda desde el muelle. La policía no ha encontrado a otros testigos. Tampoco se ha encontrado el cuerpo de Cooper, vivo o muerto. El coronel y la Sra. Hannibal Cooper no han visto a su hijo desde la tarde del 31 de julio cuando él les dijo que iba a condolerse a la Srta. Dodd, una vieja compañera de clase. La Srta. Dodd había estado triste después de saber de la muerte de otro compañero, el soldado de primera Johnny Schmidt, el hijo de los inmigrantes alemanes, Rolf y Bertha Schmidt, los dueños de una pequeña carnicería.

La Srta. Dodd ha admitido estar con el teniente Cooper aquella noche, pero no sabe lo que le ha pasado. Ella ha postulado que él se marchó para no ser desplegado a Francia de nuevo. El coronel Cooper ha rechazado vehementemente que una sugerencia tan despreciable pueda ser válida.

El teniente Cooper y el soldado de primera Schmidt se afiliaron al ejército juntos, viajando a Camp Funston en Fort Riley, Kansas, en febrero de este año, un poco antes de que movilizaron la Guardia Nacional de Texas. Cooper fue nombrado teniente por su previa formación militar. Quienquiera que tenga conocimiento de dónde está el teniente Cooper debe hablar con la policía inmediatamente.

Mientras Connie terminaba de leer el artículo, K.T. la tiró su mochila, y se puso su propia mochila en el hombro.

“Ya sabes adónde vamos, ¿no?” preguntó K.T. mientras metía las cosas dentro de la bolsa de seda de nuevo.

“El muelle de East End de Galveston, Texas, el 31 de julio de 1918 a las once de la noche,” contestó Connie, mientras tecleaba las coordenadas en el teclado de su computadora.

K.T. comparó la pantalla de su computadora con la de Connie y dijo “¿Lista para resolver un misterio antes de que regrese mi abuela?”

“¡Lista!” dijo Connie mientras pulsaba las teclas.

\*\*\*\*\*

Cuando el remolino de luces brillantes dejó de girar en la arena detrás del alto muelle de madera, K.T. y Connie podían ver en la luz de la luna a un hombre cuidando a un pequeño barco de pesca donde empezaban las dunas de la playa. El muelle de East End se parecía mucho a los muelles de hoy: de madera, cubierto de percebes, con la luz de la luna pasando por los huecos entre las tablas. El resto de Galveston era irreconocible.

Antes de que tuvieron tiempo para contemplar los cambios de la playa, oyeron voces viniendo hacia el muelle.

“Nos escondemos aquí,” susurró K.T., jalando a Connie hacia ella, debajo del muelle. Las chicas hicieron muecas cuando se sentían la tibia agua mojarles hasta las rodillas y el lodo y la arena pasar entre sus dedos de pie descalzos.

“¡O-O-O! ¡Qué asco aquí! Y el agua está tan tibia,” se quejó Connie. “¡Creo que un pez me mordió la pierna!”

“¡Cállate! Solo son cangrejos pequeños. Siempre te quejas demasiado,” susurró K.T.

Una pareja subió al muelle ruidosamente y fue hasta el final. El hombre era joven, apenas tenía dieciocho años, y llevaba el uniforme verde y las grandes botas negras del ejército. La mujer no tenía más que dieciséis y sus faldas de encaje eran de la tela más fina, suaves, y cayendo en olas que llegaban a los tobillos. A pesar del calor, llevaba un mantón brocado en los hombros como un escudo. Su pelo rubio brillaba en la luz débil de la luna y aunque no había mucha luz, su belleza era evidente. Las chicas podían oírles hablar, pero no podían entender lo que estaban diciendo.

“Tenemos que acercarnos,” K.T. decidió. “Andamos hasta que empiece el agua profunda.”

“¿Y dónde está eso?” preguntó Connie.

“Vamos a ver, supongo.”

Connie siguió la figura oscura de K.T., más y más cerca del agua profunda. Ella intentaba no pensar en los animales que vivían debajo del muelle que ella no podía ver. Las chicas llegaron casi al final del muelle y se sintieron el cambio del corriente donde el agua profundizó. K.T. señaló a Connie para quedarse quieta. Ahora estaban casi justo debajo de la pareja, y podían oír cada palabra.

“Lo que de verdad te quería decir es que te eché mucho de menos mientras no estuve aquí, querida Annie. ¿Me echaste de menos también? Sabes que me duele mucho contarte de los últimos días de Johnny. Johnny, un patriota de verdad, querría que supieras la verdad acerca de su muerte. Siempre quería hacer la cosa correcta, el tonto.” Se podía oír la ironía en la voz del hombre joven en sus últimas palabras. Él se estornudó violentamente y sonó el nariz ruidosamente en el pañuelo.

“Ya sé todo lo que necesito saber. Me lo contaron sus padres. Ellos me dieron su Medalla de Servicio Distinguido.” La voz de la joven mujer era calma y nostálgica. “Lo único que puedes hacer para mí, Arlis, es dejarme en paz.”

“¿Te dieron su medalla?” gritó sofocado el hombre. Empezó a toser fuertemente, temblando su cuerpo cuando intentaba respirar.

La chica se retrocedió de sus toses y de sus comentarios. “Sí. ¿Te sorprende tanto? Parece que sus padres sabían, aunque los míos no, que íbamos a casarnos después de la guerra.”

Los ojos de Arlis eran feroces mientras dijo entre dientes “No merecí esta medalla. Ni sabía lo que hacía, el idiota. Le mandé retirarse. Pero no, Johnny quería ser héroe. Cuando llegamos a Francia, él sabía por cierto que tenía la fiebre de Fort Riley. Era delirante, sudando, y temblando de frío. Él sabía que iba a morir. Corrió adelante para tirar una granada a una trinchera alemana, abriendo una ruta de escape para uno de nuestros pelotones atrapados. Estaba desobedeciendo órdenes, mis órdenes, y le nombraron héroe.”

La furia de Arlis le hizo toser de nuevo, y su cuerpo tembló con cada aliento jadeante. Él se esforzó para terminar la historia de la muerte patética de Johnny que le estaba contando a Annie. Ahora le quería hacer daño.

“Le dispararon en la pierna, una herida menor que no le habría matado. El capitán del pelotón que le ayudó le nominó para la medalla allí en el hospital del campo de batalla. Aun los desconocidos pudieron ver que iba a morirse de la fiebre antes de que le pudieran llevar del campo de batalla. Él se murió de una mundana infección de sistema respiratorio, Annie. Quizás le debo mi vida porque él me infectó y por eso me mandaron a casa. Pero la fiebre no me ha matado. Y ni la guerra tampoco me matará. Volveré.”

Annie había estado mirando a Arlis, asombrada. “¡Estás loco y estás mintiendo! Has tenido celos de Johnny desde que se mudó aquí. Su pureza hizo que tu traición fuera más evidente para todo el mundo. Él te consideró un amigo aunque tú no hacías más que competir contra él e intentar hacerte el más importante. Por qué te toleró, nunca lo voy a saber.” Ella se volteó, pero Arlis le agarró el mantón, deteniéndola.

“¡Desgraciada mimada! Tus padres sabían que él no valía nada. Por eso le dijeron que no te acercara.”

Annie apretó los puños. “Johnny se fue a Kansas para mostrar a mis padres que no apoyaba a los alemanes sino que era un americano patriótico. Tú solo le seguiste para seguir compitiendo contra él, porque tu padre te podría comprar un título,” le acusó Annie.

“Tu prometido, niña tonta, no tenía el sentido común para mantenerse sano en Fort Riley. Él se rió de los remedios folklóricos para guardar contra la fiebre: las cebollas en la cama, el azúcar que se pone encima de las brasas, el whisky. Él era amigo de los perros cubiertos de pulgas en vez de matarlos como era normal. Él lavaba los platos, Annie. Era solo un soldado de primera, lo más bajo de todos, solo un lavaplatos. Quizás fue así como transmitió la enfermedad a los demás. Algunos decían que era un espía alemán, mandado aquí para traernos la fiebre. Pues, él se enfermó también. Pero ahora no está riendo.”

“¡Sinvergüenza! ¿Cómo puedes decir esas cosas?” Annie se levantó la mano delgada para darle una bofetada a Arlis, pero él se la agarró la muñeca y le torció la mano, acercándola a él. Annie se torció y se liberó de su mantón y de él, y se fue corriendo del muelle.

Arlis empezó a toser fuertemente de nuevo. Él escupió en su mantón y dijo “¡Espero que te infecte la fiebre también!” Él se fue al final del muelle y miró el agua. “Me voy, ¿me oyes? No regreso,” él gimió, apretando el mantón. Él se levantaba el brazo para tirar el mantón al mar cuando se deslizó en las tablas mojadas, golpeándose la cabeza mientras se caía en las aguas oscuras y turbias al final del muelle.

K.T. y Connie habían estado hipnotizadas, escuchando la discusión arriba de ellas. Cuando se cayó Arlis, su primera reacción fue saltar hacia atrás. Connie se cubrió los ojos, pero K.T. le vio el cuerpo caer en el agua profunda. K.T. empezó a nadar adonde había caído, pero Connie le agarró la mano.

“No, K.T. No eres salvavidas. Tenemos que ir para ayuda.”

“Pero no podemos ser vistos o no podemos regresar.”

“Ya he puesto las coordenadas del regreso. Llama para ayuda y agárrame la mano. Nos llevaré a casa.”

“¡Socorro! ¡Socorro! ¡Se ha caído!”

\*\*\*\*\*

K.T. jadeaba mientras le agarraba el brazo de Connie, rodeada de remolinos de colores brillantes. Estaban de nuevo en la casa de su abuela, seguras, con la ropa seca y los pies calientes y limpios.

“Rápido, K.T. Quiero leer los otros artículos,” dijo Connie, mientras se quitaba la mochila y le ayudaba a K.T. con la suya. “Por lo menos sabemos que Annie no le mató a Arlis.”

“Sí, ella ni sabía que se cayó. Seguro que piensa que él se fue del ejército,” contestó K.T.

“¿Qué se fue? ¿Cómo?” preguntó Connie.

“Quiero decir que se fue sin permiso. Porque ya no quería luchar.”

“Bueno, yo creo que se ahogó. ¿No notaste sus botas pesadas?”

“Quizás sí, quizás no. Leamos el resto de los artículos,” sugirió K.T. mientras abría la bolsa de seda amarilla y sacó los tres papeles, el anillo, y la medalla y los puso encima de la toalla al lado de los pedazos de la caja quebrada.

K.T. y Connie se metieron debajo de la manta y leyeron los recortes amarillos que contaban la historia del arresto de Annie y su acusación del asesinato de Arlis Cooper a pesar de que Rufus Jones le vio salir antes de que oyó el grito para ayuda. “Nuestro grito,” supuso K.T. con lástima. El mantón desgastada de Annie se llevó por el agua a la playa después de unos días, pero nunca encontraron al cuerpo de Arlis.

Las chicas leyeron del juicio anulado porque había tanta gente enferma en la ciudad que no podían formar un jurado. El padre de Annie ayudó a los enfermos, y luego se quejó de las calambres. Él se murió mientras ella estaba aislada en la cárcel, esperando el juicio. El juez por fin liberó a Annie en la Navidad porque no se había encontrado el cuerpo del víctima ni había gente para formar el jurado.

Mientras leían el último artículo, regresó la abuela de K.T.

“¡Hola! ¿Hay alguien en casa? Está muy quieta.”

“Hola Abuelita, estamos aquí,” contestó K.T.



“Bueno, he regresado de la clínica y he sobrevivido otro invierno sin tener la gripe o pulmonía, gracias a mi vacuna.” La Sra. Watson se quitó la chaqueta y se sentó en el sofá detrás de las chicas. “Cuando uno es mayor como yo, con problemas médicos crónicos, no quiere ser otro dato de una epidemia.”

“De acuerdo, Abuelita. No queremos que te infecte un virus y que te vayas al hospital.” K.T. sonrió a su abuela. “Así no podremos venir a quedar en tu casa en la playa para las vacaciones de primavera.”

“K.T., no seas así,” se rió Connie.

“Abuelita sabe que solo estoy bromeando.”

“Oigan, ¿qué están mirando y qué basura han traído de la playa a mi casa?”

“No es basura, Abuelita, es un misterio. Ves, aquí hay tres artículos sobre un asesinato que ocurrió en el año 1918.” K.T. enseñó a su abuela los recortes frágiles. La Sra. Watson leyó los titulares y asintió.

“Recuerdo que mi mamá y Tío Rufus hablaban de eso cuando yo era niña. Annie, la loca, tenía alrededor de cuarenta años entonces. Ella estaba sola en aquella casa grande después de que se murió su madre.”

“¿Tío Rufus? ¿Soy pariente del pescador de la historia?” preguntó K.T. incrédulamente.

“No, hija. Tío Rufus solo era un vecino, pero le llamamos “tío” de respecto. A él siempre le daba mucha pena que Annie se fuera a la cárcel, aun para una temporada corta y aunque estar allí pudiera haberle salvado la vida. Todo el mundo decía que Annie no era igual después de eso. Tanta tristeza.” La Sra. Watson puso los recortes cuidadosamente en el suelo al lado de K.T. “¿Dónde encontraron esos papeles?”

K.T. le dio la bolsa de seda a su abuela. “Dentro de esta bolsa de seda, dentro de esta caja, enterrada en una duna al lado de...”

“El muelle de East End,” dijeron Connie y K.T. simultáneamente, intercambiando sonrisas sabias.

“Este anillo y esta medalla estaban en la bolsa también, Sra. Watson,” dijo Connie, dándole los dos tesoros. “Serán de, em, alguien.” Connie se dio cuenta de lo que iba a decir al mismo tiempo que K.T. le dio con el codo. De quién eran no era algo que se podía aprender a través de los artículos.

“Bueno, chicas, no me lo puedo creer, pero han resuelto un misterio. Cuando tenía tu edad, en 1948, mis hermanas y yo buscábamos cosas en la playa. Yo era igual que tú, K.T. Encontramos a Annie, la loca, cavando en una duna cerca del muelle de East End. Ella repetía, enfadada ‘Él me lo robó. Me robó la caja de tesoro. Él regresó de la muerte y me robó la caja de tesoro con mi anillo y mi medalla.’ Salimos corriendo y se lo dijimos a Mamá. Entonces, Mamá hizo que Tío Rufus, que tenía más o menos la edad que tengo ahora, nos contara la historia de Annie, la loca, para que no nos riéramos ni burláramos de ella. A ella se le rompió el corazón. Luego se volvió loca. Siguió buscando esta caja 30 años. Supongo que ella se había olvidado dónde ella misma la había enterrado. Éstos deben de ser de su prometido que se murió en la primera guerra mundial.”

“Ojalá que Tío Rufus pudiera contarnos la historia en vivo,” dijo K.T. con un suspiro. “Así quizás todo tendría más sentido.”

“No. K.T., Tío Rufus se murió hace años. Y eso es todo de la historia que puedo recordar.” La Sra. Watson miró las caras de las dos chicas.

“Pero la Srta. Anna Ruth Dodd, que acaba de cumplir cien años, vive en la residencia para personas mayores Stony Point ElderCare el mes pasado. Me han dicho que su mente está un poco débil ahora, pero recuerda mejor el pasado que el presente.

¿La visitamos?”

“¿Podemos ir?” exclamó K.T. “¿Podemos ir hoy?”

\*\*\*\*\*

“¿Tengo visitantes? ¡Qué bonito! ¿Me han traído un regalo para mi cumpleaños?” Aunque tenía cien años, la Srta. Anna Ruth Dodd tenía una sonrisa encantadora. Las chicas miraron a la anciana elegante que llevaba una gorra azul celeste encima de su pelo canoso que hacía juego perfectamente con su bata azul.

“De hecho, Srta. Annie, mi nieta y su amiga han encontrado algo que pertenece a usted en la playa hoy. Se lo quieren devolver, si no le importa.”

La Srta. Annie miró expectante a Connie y K.T., que de repente se sentía tímida. ¿Qué hago si empieza a llorar? K.T. se preguntó. O peor, ¿Qué hago si grita?

“Estábamos, em, explorando las dunas con mi nuevo detector de metales cuando encontramos esta caja de madera. Bueno, era bastante desgastada y la cerradura de metal se rompió cuando intentamos abrirla, pero...” K.T. se detuvo. “Eso estaba adentro.” Ella le dio la bolsa de seda amarilla a la Srta. Annie, que había escuchado con una mirada perplejada que se había convertido en un ceño de preocupación.

“Las cosas que estaban dentro de la bolsa están bien,” añadió Connie.

Las chicas miraban expectante mientras los dedos delgados de la Srta. Annie, arrugados y manchados por su edad, temblaban mientras abrió la bolsa.

Con mucho cuidado, ella sacó la medalla en forma de cruz y el anillo de la bolsa, sin hacer caso a los artículos del periódico. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba con asombro sus tesoros perdidos.

Había silencio en el cuarto estrecho con las cortinas cerradas, el tic-tac del reloj era el único sonido que quebraba el silencio. Por fin, la Srta. Annie empezó a hablar, y las chicas se sintieron como si pudieran respirar de nuevo.

“Entonces sí la enterró. Cerca del muelle de East End, ¿no?” ella les miró a las chicas para su confirmación, y ellas asintieron. Miraron a la Sra. Watson y la Srta. Annie continuó. “Él me dijo que allí era donde la llevó después de robarla de mi casa. Todo el mundo pensaba que yo estaba loca, pero fue él.”

La Srta. Annie se puso la mano dentro de la bolsa para sentir los recortes, pero no los sacó. “Supongo que ustedes leyeron los artículos y quieren una explicación, ¿no? Bueno, es un cuento corto, pero feo.”

Ella suspiró y parecía enfocarse en algo en la pared, cerca del techo, como si viera el pasado. “Estas dos cosas, el anillo y la medalla, representan mis momentos más felices y orgullosos. Una vez, estaba enamorada de la persona más valiente y honorable que he conocido.”

La cara de la Srta. Annie lucía con una sonrisa que parecía deshacer los años, revelando la joven bella que había sido en 1918. Luego ella tocó la bolsa con los recortes. Su cara volvió a sus arrugas y sus ojos azules perdieron su chispa.

“Estos son recuerdos de un tiempo más triste, de pérdidas y traición. Nunca asesiné a Arlis Cooper. Nadie lo hizo. Él no murió aquella noche, aunque tengo que admitir que esperaba que sí hubiera muerto. No, él logró convertir una caída accidental

del muelle aquella noche en una manera de atormentarme.” Por un momento, la voz de la Srta. Annie se llenó de amargura. Luego, un suspiro grande quitó el enfado y ella hablaba de una manera directa.

“Primero, él devastó a mis padres con la acusación de que yo era asesina, lo que ellos no creyeron, y con el hecho de que yo fui al muelle por la noche sin un acompañante y con un hombre de mala fama. Mis padres no aprobaron del hecho de que conocía a Arlis. Solo hablaba con él porque era amigo de Johnny. Johnny era el único amigo de verdad que tenía Arlis.”

“Él reciprocó la amistad de Johnny con celos y envidia. Él fingió su muerte aquella noche—yo creía que había huido para no tener que regresar a la guerra. Pero no podía probar su decepción porque él no regresó a Galveston por muchos años. Después de la muerte de mi madre en 1948, Arlis regresó, entró en mi casa, y me robó esta caja.” La Srta. Annie se dio cuenta de las miradas escépticas de sus tres visitantes. Ella sacó una hoja de papel amarillento de la funda de su almohada y se la dio a K.T. Las letras eran desteñidas, pero el mensaje quedaba todavía legible.

*Te he robado la caja de tesoro, querida Annie. La puedes encontrar enterrada en las dunas del muelle de East End. Siempre estaré contigo...Arlis*

“Entonces sí se la robó y la enterró,” comentó K.T.

La Srta. Annie asintió. “Él sabía que la buscaría, que buscarla me volvería loca. Había más notas, cartas en el correo a través de los años, siempre burlándose de mí. La última era su obituario en 1978—me lo mandó la funeraria después de su muerte. Entonces supe que habían terminado las pistas, que por fin se había terminado el juego. Él habría pensado que no iba a vivir tanto tiempo, que nunca iba a ser bendita con la devolución de mis tesoros.”

“Estoy contenta de haberle hecho contenta, Srta. Annie,” dijo K.T. con una sonrisa.

“Hay una cosa más que ustedes pueden hacer para mí,” dijo la Srta. Annie y puso la nota de Arlis dentro de la bolsa de seda. “Entierren ésta en las dunas del muelle de East End. Ya no quiero visitar el pasado. No creen que es locura, ¿verdad?” ella preguntó con una sonrisa tierna.

“Srta. Annie, un poquito de locura de primavera, cavar en las dunas, enterrando el pasado, no nos parece tan loco,” contestó K.T. Le puso la mano en el hombro de Connie.

“No es loco por nada,” asintió Connie con una risa.